

y se cruzó en su camino. Detúvose Jorge porque no era el Duque la persona que se hallaba en su presencia.

¿Quién era la persona que vagaba á una hora tan avanzada por el parque de Morville?

XV

A la misma hora en que el duque de Rouévres y su primo el marqués de Breynes apeábanse del tren de París en la estación de Trouville hacíalo otro viajero procedente del mismo punto.

Vestía una americana de tela negra muy flexible; pantalón y chaleco de la misma clase y cubría su cabeza un sombrero de paja negra, de ala recta é igual forma que los que suelen usar los aficionados á regatas. Adornaba el ojal de la americana una microscópica roseta de la Legión de Honor, y era muy fácil reconocer en él á un Oficial de marina, lo mismo en sus cortas patillas grises, que en su aspecto y en un no sé qué sencillo y marcial que les distingue y denuncia. Su rostro, á pesar del tinte gris de su cabello y barba, era el de un hombre aún joven.

Al ver al Duque de Rouévres volvióse

con mucha viveza como temiendo que le reconociese, haciendo al mismo tiempo una señal al criado que le seguía, y éste se aproximó.

El criado vestía poco más ó menos lo mismo que su amo, y su rostro enérgico era más propio de un gabiero que de un atildado ayuda de cámara. No tenía al parecer arriba de cuarenta años; su cabello era rudo, enmarañado y crespo, la mirada viva é inteligente, bronceado el rostro, tenía cuadrados los hombros y sólidas y fuertes las piernas.

Dióle su amo algunas órdenes que comprendió en seguida, y saludando militarmente llevándose la mano al borde del sombrero, desapareció entre la gente, llevando bajo el brazo un saquito de noche de cha-grén por todo equipaje.

Esperó á que se marchasen los que al parecer le estorbaban, y desaparecieron tras el recodo de la carretera de Pont-l'Évêque, y entonces salió de la estación y siguió el mismo camino que ellos, dirigiéndose sin apresurarse hacia el camino de Touque, á donde llegó al mismo tiempo que el reloj de la iglesia daba las siete.

Al sonar la última campanada abrió la empalizada que separaba el jardín del doctor Montel del camino.

El Médico, muy pálido y abatido, hallábase sentado en un banco arrimado á la pared, esperando llegase la hora de la comida, y al ver entrar la inesperada visita le-

vantóse con mucha viveza para recibirla.

—¡Jacobó!—exclamó.

—Sí, soy yo.

—¡Cuánto deseaba verte!

—¡Y yo también, querido Antonio!

—¿Recibiste mi carta?

—Sí, su lectura fue lo que me decidió á regresar.

—¿Quieres comer conmigo?

—No tengo ningún inconveniente puesto que me invitas.

—Convenido entonces.

Dijo el Médico, y volviéndose hacia la casa llamó:

—¡Julia!

Acudió al llamamiento una criada anciana.

—Poned, —la dijo el Médico, —un cubier-
to para el Almirante y esmeráos en el ser-
vicio.

El almirante Kerhoët, pues él era, con-
templó con asombro á su camarada de la
niñez.

—Te asombra el verme, —dijo el Médi-
co, —¿no es verdad que estoy muy cam-
biado?

—Los años, que no pasan en vano, y el
cansancio que te produce el visitar tantos
enfermos.

—No, amigo mío, no es nada de eso, sino
el remordimiento, el pesar de haber cometi-
do una mala acción, —contestó el Médico.

—¡La que te aconsejé, la que arranqué á
tu buena amistad!

—Es verdad, —dijo Montel quedándose ca-
llado; pero pasados unos minutos añadió con
mucha viveza: —Dejemos ahora ese asun-
to, más adelante hablaremos de él: quiero
entregarme por completo á la alegría de ver-
te y no ocuparme más que de tí, ¿estás tran-
quilo y satisfecho de tantos honores como
recibes?

—¡Satisfecho! —replicó el Almirante. —Lo
estaría á no ser por ese acontecimiento que
emponzoñó mi vida.

—¿Sigues pensando en él?

—Ni por un segundo pude olvidarlo; es
un pensamiento tan tenaz que me siguió á
todas partes, hasta el otro extremo del
mundo.

—¿Y por qué no perdonas?

—¿Puedo hacerlo?

—¡Terco como buen bretón! ¡Cabeza de
granito!

Inclinó el Médico la suya al decir esto; esa
venganza, á la que tanto había contribuido
hacia veinte años, y cuyas consecuencias llo-
raba aún, le aplastaba bajo su peso.

—¿Y vienes?...

—Porque esos son tus deseos.

—¿Piensas aún permanecer aquí mucho
tiempo?

—El necesario para tranquilizarte y dar-
te fuerzas para que tengas más firmeza.

—¿De modo que te obstinas en no sepa-
rarte ni un ápice de tu plan?

—Estoy más decidido que nunca á llevar-
lo adelante, —dijo el marino.

Exhaló Montel un suspiro que más parecía un gemido, y levantó los brazos al aire con ademán de desesperación.

— ¡Quieres acabar con mi vida!

— ¿Acabar con tu vida?

— ¿Quién lo duda? Mírame, apenas me quedan quince días de vida, ¡en fin! creo que te convenceré, ahora vamos á comer y luego hablaremos.

Mientras comieron frugalmente los dos antiguos camaradas de la niñez hizose de noche, y ésta les encontró sentados frente á frente á la mesa en el comedor que apenas estaba iluminado por dos bujías cuya luz vacilante dejaba los rincones en la obscuridad.

Obedeciendo á una señal del Médico la criada se retiró discretamente.

Montel se puso en pie y acercándose á la puerta echó el cerrojo.

— ¿Qué haces?—le preguntó Jacobo de Keroët.

— ¿No te dije que teníamos que hablar?

— Sí, es verdad.

— Tengo que hacerte una súplica y no quiero que nadie me oiga.

— Dí lo que quieras.

— Pues bien, Jacobo, cediendo á la presión de tu voluntad,—empezó á decir el Médico,—consentí é hice todo lo que me pediste, presintiendo que esa debilidad iba á ser causa de mi pérdida y no me equivocaba, porque hasta entonces no tenía que ocultar en el fondo de mi conciencia nada

que me hiciese enrojecer, y habría podido evitar, sin tener que avergonzarme, la historia de mi juventud. Sabes mejor que nadie cuan inapreciable es para nosotros el reposo de una conciencia tranquila; no hay cosa mejor, y por todo el oro del mundo no lo habría sacrificado para nada ni por nadie. Te obedecí, porque para mí, Jacobo, eres más que mi hermano, y desde el día en que lo hice, esa felicidad de que goza el que es hombre de bien desapareció al dejarlo yo de ser; esa falta, ese crimen, porque es un crimen, no lo olvides, pesó sobre mi existencia cual eterna pesadilla, ¡hace veinte años que estoy sufriendo, Jacobo! y sólo resistí por complacerte. Intenté en vano convencerte de que tú mismo habías de recobrar tu calma perdonando, y en cien cartas que te escribí agoté todos mis argumentos; no quisiste creerme, y mis fuerzas y mi salud se gastaron en esa lucha y hoy comprendo que me queda muy poco tiempo de vida.

— ¡Error!—dijo el Almirante queriendo tranquilizar á su amigo.

Este no le dejó continuar con un gesto.

— Estoy seguro de que no me equivoco,—siguió diciendo,—es indudable que muchas veces los Médicos no puedan curar, pero sí pueden prever y hay síntomas que no fallan; la máquina se desorganiza, y en el momento caerá hecha polvo, tan gastados están sus engranes. No quisiera marcharme de este mundo llevando tan pesada carga sobre mi alma, tal vez sea esto una debilidad que no dudo

comprenderás, ¿quieres que te diga lo que siento?

—Sí.

—Pues creo que participas de ella. No estás tranquilo ni eres dichoso, ni es posible que lo seas.

El marino no contestó nada y su silencio tenía algo de uraño, y con la mirada fija, contraído el entrecejo y los dedos crispados nerviosamente sobre la mesa, esperó inmóvil á que el Médico continuase.

Este prosiguió diciendo:

—No te puedo echar nada en cara, porque sé cuales son los agravios que recibiste y atenúan tu conducta, pero yo que te auxilié para castigar sin haber recibido ninguna ofensa, ¿qué es lo que podría decir á esa madre que, depositando en mí toda su confianza la robé á su hija... y ésta, á la que vi hoy, amigo mío, condenada á vegetar, cuando es la distinción personificada, en ese París de cuyo fango no podrá quizás evitar las salpicaduras? ¡Hemos hecho el mal, debemos, por tanto, repararlo! ¡Aún es tiempo! ¿Quién sabe si dentro de algunos días podremos hacerlo? ¡Muéstrate generoso y compasivo, y conseguirás que los demás, y yo mismo, te bendigan y te amen!

—No,—contestó el Almirante.

—¿Me niegas ese consuelo?

—Sí.

—Y sin embargo, eres mi amigo.

—Tu mejor amigo, el más fiel de todos. Pídemelo todo lo que quieras, mi sangre si es

preciso, y no te negaré nada, pero ¡perdonar! ¡Imposible! ¡No, no puedo hacerlo! ¡Me niego!

Apoyó el Médico la cabeza en la palma de la mano, y de su garganta escapóse un ronco quejido y se quedó como desfallecido.

El Almirante se asustó y poniéndose en pie acudió en su auxilio.

Montel se repuso á los pocos segundos.

—Esto no es nada,—dijo.—Aún no sonó la hora.

Quedóse silencioso respirando con dificultad, y luego prosiguió:

—Escúchame, es la indulgencia para mí y para los tuyos lo que te pido, ¿quieres que me arrodille á tus pies para pedirtela? ¡Cuan feliz no serías tú mismo si pudieses descargarte de ese peso tan abrumador! Escúchame, Jacobo, es la razón la que va á hablarte ahora; cuando el hombre se acerca á su hora postrera ve con más claridad, parécele que empieza un nuevo día, y yo no estoy tan lejos de la mía.

El Almirante estaba en pie delante del Médico contemplando á éste.

—Pues bien, hágase como deseas,—respondió Jacobo asustado al observar los estragos que el tiempo había causado en el rostro de su amigo, y que á pesar suyo tenía que reconocer, ó tal vez atormentado en el fondo de su alma por secreto pesar ó por las miserias de su aislamiento contra el que su energía hacia tantos años que luchaba. Te devolveré tu palabra y repararemos ese da-

ño que tanto deploras, pero antes he de cumplir un deber, ¡concédeme un mes!

—¡Un mes!—murmuró el doctor Montel, cuyo rostro se serenó un tanto.

—¡Qué te cuesta, si esperaste veinte años!

—¿Y me juras que perdonarás?

—Te juro que repararé el daño causado... perdonaré quizás... pero hasta que llegue ese momento, silencio y déjame obrar á mi solo!

Había cerrado por completo la noche, y las dos bujias iluminaban con opaco resplandor la habitación en que se hallaban los dos amigos.

—¡Ven, amigo mío, ven!—dijo el Almirante.—Vamos á respirar un poco de aire puro.

Salieron de la casa y apoyándose el Médico en el brazo de su amigo, paseáronse por la carretera, por cuyo centro pasaban continuamente carruajes llenos de gente bulliciosa que daba ruidosas pruebas de su alegría.

La promesa del Almirante había contribuido á que el Médico se tranquilizase un poco, y por el momento, y en la apariencia al menos, recobrase algunas fuerzas.

—¿No te esperan en Morville?—preguntó.

—No me esperan en ninguna parte.—contestó con tristeza el Almirante.—Antes adoraba á Valentina, y desde el día en que perdí su cariño, vivo en el mundo lo mismo que si éste fuese un desierto. En mi casa, y á dos pasos de ella estoy tan lejos de los míos como si me separase de ellos la inmensidad del Océano Pacifico; así que entro en mi ca-

sa á cualquier hora como un extraño en una posada; llevo, ábreme la puerta un criado, otro me acompaña hasta mi cuarto, y cuando me marcho, nadie me pregunta nada ni se inquieta por mi suerte, ni por el camino bueno ó malo que voy á recorrer, y al regresar no encuentro quien se atreva á interrogarme de donde vengo. ¡Y quieres que deje en la impunidad á los que contribuyeron á que cambiase mi vida antes tan feliz, por semejante infierno!

—Y esa falta pesó sobre mi existencia de una manera horrorosa, mi pobre Jacobo. A no ser por esas personas habríame yo podido considerar como el más feliz de los mortales que vegetan sobre la tierra; mi casa parecíase al tranquilo retiro del filósofo y gozaba de la reputación de un hombre justo y honrado. En esa época no me costaba ningún trabajo hacer el bien, y al pasar saludábanme mis vecinos con cariñosa mirada diciendo: ¡ahí va el doctor Montel á visitar á sus enfermos! porque los visitaba á todos, pobres y ricos, lo mismo á los que pagaban que á los que no; todos me querían y era yo dichoso porque no tenía ni necesidades ni pasiones.

El Almirante se inclinó sobre la arrugada frente de su amigo, y le besó en ella con tanta ternura como un hermano.

—¡Sí, tienes razón!—dijo.

—¡No lo olvides! ¡Me has prometido que un mes!... ¡A cuántas personas puedes hacer dichosas!

Paseáronse así durante largo rato por una frondosa senda sombreada por copudos árboles, á través de cuyas ramas terminábase la luz de la luna, trazando fantásticos dibujos en el suelo, y el Almirante sintió en más de una ocasión que el brazo de su amigo apoyábase pesadamente en el suyo, por lo que quiso tranquilizarle acerca del estado de su salud, hablándole al Médico con fraternal cariño, combatiendo sus escrúpulos y temores.

Contóle, además, sus viajes, y después de prolija conversación, que sirvió de consuelo á Montel, á manera de bálsamo reparador, acompañóle el Almirante á su casa, en la que se separó de él, dejándole más tranquilo y sosegado por el encanto de esa amistad tan inalterable como antigua, que le unía á Jacobo de Kerhoët.

Hecho esto, encaminóse lentamente hacia el castillo de Morville, en cuyos techos de pizarra reflejábanse en la altura los rayos de la naciente luna.

XVI

Al ver á un extraño detúvose Jorge hasta que un rayo de luna, que se filtró á través de las ramas de los árboles, iluminó de pronto el rostro del Almirante.

—¡Padre mío!— exclamó el joven.

—¿A dónde vais corriendo de ese modo?

—Es que...

—Me parece que estáis muy turbado.

—Me impresionó vuestra presencia... la emoción... la sorpresa natural... la alegría de veros... perdonadme... no esperaba veros aquí á estas horas...

—¡Y qué! ¿No queréis darme un abrazo?

En los muchos años transcurridos, aquella fue la primera vez que Jorge se arrojó con entrañable efusión en los brazos que le tendía el Almirante. Y debíase esto á que en un instante, el hombre, al que tan injustamente acusara por su desvío, habíase convertido en un mártir del honor, y comprendió la delicadeza y la dignidad que se encerraba en su conducta.

—¿Cómo es que venís tan tarde, sólo y á pie?— le preguntó.

—Para hacer ejercicio, pues tenía deseos de dar un paseo.

—¿Por qué no me avisasteis? Habría salido á recibirlos.

—No me gusta molestar á nadie y quería, además, detenerme en el camino.

—¿En casa del señor Montel?

—Sí.

—Cada día está más débil.

—Sí, tan débil le encontré, que me afecté mucho. Sería su muerte una gran pérdida, porque es hombre que vale mucho.

Apoyóse el Admirante en el brazo de su hijo, y ambos encamináronse hacia Morville.

—¡Qué noche más hermosa!—exclamó,—
¡Qué silencio más majestuoso!

Calló, y á los pocos minutos añadió:

—Aún no me dijisteis cuál fue el motivo
que os obligó á correr de esa manera.

—Voy á explicároslo,—respondió el joven
con algún embarazo.—Es muy agradable y
á mí me gusta mucho el pasear durante las
hermosas noches del estío, y estándolo ha-
ciendo ví á un quidam allá arriba delante
de la terraza... sin duda era algún curioso
que había venido desde Trouville... quise
ver el rostro de ese intruso, que de noche
entreteniase en vagar tan cerca de nosotros,
sospechando que tal vez sería un amigo, un
vecino, el doctor Montel, y traté de averi-
guarlo, y me convencí de que se había eclipsado
desapareciendo como si se le hubiese
tragado la tierra. ¿No encontrasteis á nadie
en vuestro camino?

—¿A quién?

—A ese nocturno paseante.

—¿En el parque?

—Sí.

—No he visto á nadie.

—Dejemos al importuno, la verdad es que
no sé por donde diablo se descabulló. ¿Pen-
sáis quedaros con nosotros, padre mío?

—Pasaré aquí algunos días, los que me
dejen en libertad, ¿y vuestra madre?

—Espera con impaciencia vuestro regre-
so, ¡os prodigáis tan poco! Con mucha fre-
cuencia háblame de vos, y siempre con gran
desconsuelo por vuestro alejamiento.

—El deber es el que me obliga.

No dió el Almirante más que esta lacóni-
ca explicación, preguntando algunas noti-
cias respecto á las familias amigas que acu-
dían á Morville y extrañándose ante el buen
gusto con que estaba dirigida la instalación.

—Deseo,—dijo,—que nadie se entere
hasta mañana de mi llegada; no quiero que
se molesten por mí.

Los criados habianse retirado á sus cuar-
tos, y en el solitario vestibulo ardía única-
mente una lámpara, cuya suave luz, al atra-
vesar los opacos cristales, caía á plomo sobre
una de las banquetas del vestibulo. Este ob-
jeto fue el primero que llamó la atención del
marino.

—¿Quién es el hermoso original de este
retrato?—interrogó.

—Una pobre muchacha á la que vos no
conocéis, padre mío. Rosa Godin.

—¿La hija de Teresa?

—La misma.

Contempló el marino el retrato con mucho
interés durante un rato.

—Es muy hermosa,—dijo.

Y á esto se redujeron todas sus observa-
ciones del momento.

Llegaron al primer piso y Jorge abrió una
puerta, entrando en una habitación severa
y lujosamente amueblada, con el techo arte-
sonado, formando preciosos cuadros, en me-
dio el lecho con retorcidas columnas, y á uno
de los lados monumental chimenea de encina
esculpida. En toda la habitación no se veía

más que un solo cuadro; el retrato de Valentina Fontanet, cuando tenía veinticinco años y se hallaba en todo el esplendor de su belleza.

—He sido yo el que ha dirigido todo lo referente al arreglo de esta habitación que es la vuestra, padre mio,—dijo Jorge,—y es la única que hasta ahora permaneció desocupada.

Y empañándole las lágrimas los ojos, y delante de ese retrato que le recordaba la conmovedora escena á la que hacía poco asistiera, arrojóse al cuello de su padre y abrazando á éste permaneció así largo rato.

Sorprendióse el Almirante, y conmovido hasta el fondo de su alma, comprendió lo que sucedía en el ánimo de su hijo.

Este le pedía así perdón de tantos años de frialdad y duda.

XVII

Al ocupar su asiento en el tren hallábase Rosa Godin sumida en una tristeza dolorosa y bajo el peso de una humillación y descorazonamiento muy grandes, y su orgullo rebelóse al acordarse de la escena que acababa de presenciar.

El doctor Montel había estado con su co-

nocimiento del corazón humano, muy acertado al decir que la tentación del lujo no es buena para una joven pobre.

En el vagón en que Rosa tomó asiento hacían el viaje una porción de labradores que se dirigían á las poblaciones inmediatas, chalanes y tratantes en ganado de toda casta, soldados que iban á incorporarse á sus cuerpos después de pasar con licencia algunos días en sus casas durante la recolección, ó criados que iban en busca de colocación á París, á ese abismo en el que todo cabe, se arremolina y pierde.

No tardó mucho rato en convertirse en el punto de mira de una media docena de boyeros, soldados y palafreneros, que viajaban juntos y que empezaron á dirigirla halagüeños cumplimientos, algunos de los que pasaban de excesiva crudeza.

No hizo caso de ellos, y volviéndoles la espalda se puso á mirar por la ventanilla; preocupábanla demasiado en aquel momento sus quebraderos de cabeza, ¿qué la importaban los insolentes requiebros de unos desconocidos?

El verdadero aldeano es generalmente respetuoso con las mujeres y no suele traspasar los límites de una galantería decorosa y de ordinario agradable á la persona que es objeto de ella, pero no sucede lo mismo al lacayo corrompido en las antecámaras ó en las cocheras de los hoteles parisienses, y por desgracia, para Rosa, dos de estos ocupaban asientos inmediatos.